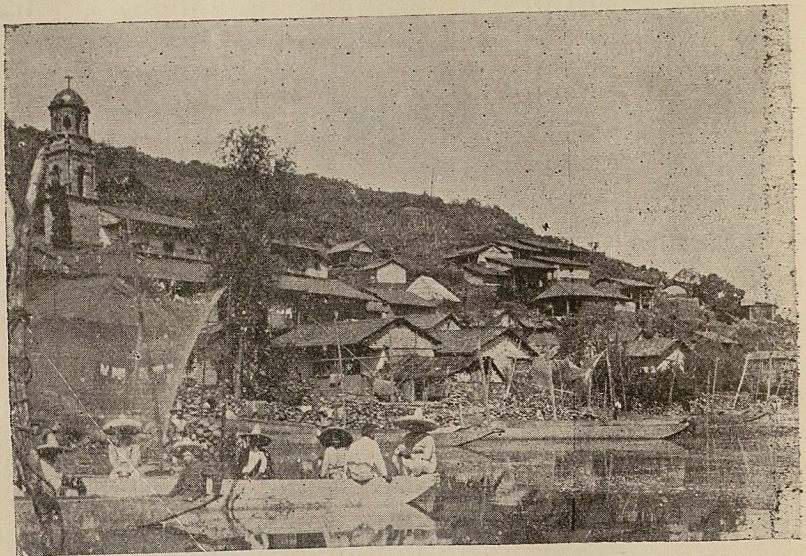


Iglesia de Tzintzuntzan.



Isla de Janitzio, Lago de Pátzcuaro.

## TZINTZUNTZAN

Por el Lic. JOSE L. COSSIO, hijo

Aprovechando la Semana Santa de 1926, me acompañé de varios amigos para visitar la población de Pátzcuaro, así como el Lago del mismo nombre y las poblaciones indígenas de sus costas, especialmente la de Tzintzuntzan.

Algún compañero de excursión me había hablado calorosamente de este poblado y siempre tuve vehementes deseos de conocerlo, sobre todo durante las ceremonias religioso-paganas que año tras año se celebran durante la Semana Mayor.

Todo lo que se me había contado de Tzintzuntzan formaba leyenda vaga, toda confusa, pero de cualquiera manera que sea, con un enorme atractivo para aquellas personas que tienen gusto en estudiar y presenciar lo que queda de costumbres anteriores a la conquista.

El viaje lo hice por Toluca, descansando en Acámbaro, para seguir al día siguiente hasta la población de Pátzcuaro.

La mayor parte del camino ha de ser de sobra conocida por ustedes y no creo tenga interés, haga una relación de él.

No ocurre lo mismo con la Ciudad de Pátzcuaro que conserva aún todo el brillante aspecto de una población colonial.

Se encuentra situada aproximadamente a unos tres kilómetros de las orillas del Lago y su importancia la debe, en gran parte, a esta vecindad que atrae constantemente multitud de turistas, que da a sus hoteles y a sus calles un vistoso aspecto y desusada animación en poblaciones de su categoría.

Tampoco quiero insistir en la descripción de esta pobla-

ción, pues mi deseo principal es referirme a los pueblos enteramente indígenas que se han establecido o que permanecen desde cientos de años, de tal vez miles, en las islas y márgenes del Lago.

Estos fueron los que llamaron profundamente mi atención y considero que han sido poco estudiados y conocidos, especialmente por la leyenda de misterio o de peligro que se ha formado alrededor de ellos.

El lugar más apropiado para el que desea visitar la población y el Lago de Pátzcuaro, es indudablemente el hotel conocido con el nombre de Hotel del Lago, que se encuentra precisamente a la orilla de éste, enfrente de la Isla de San Pedro.

Es el lugar preferido por los turistas por la belleza de sus panoramas y por las facilidades que presta para la contratación de lanchas y la organización de paseos.

El Administrador del Hotel da toda clase de facilidades a los viajeros sugiriéndoles paseos que deben efectuar, así como los preparativos que es necesario hacer para llevarlos lo más cómodamente posible.

Su amplio corredor se convierte todas las noches en un lugar de recreo en donde las familias cantan y bailan dando el aspecto de una playa de veraneo tan importante o más que la del Lago de Chapala.

Poco distante se encuentra el Islote conocido con el nombre de la Isla de San Pedro que es una porción de tierra considerablemente levantada sobre el nivel del agua, de unos sesenta metros aproximadamente de largo por unos veinticinco o treinta de ancho.

Es propiedad de la antigua y conocida familia michoacana Iturbide. En su parte más alta existe una hermosísima casa que indiscutiblemente es el lugar más poético de toda la región.

Toda la extensión del Islote se encuentra cubierta de flores de las más variadas especies hasta el grado de presentar, en su aspecto, casi un ramillete.

Especialmente de noche en que la silueta del Islote y del edificio aparecen formando una masa negra de la que únicamente se destacan las ventanas iluminadas, presenta un bello

aspecto que cautiva aun a los individuos menos propensos al sentimentalismo.

La casa que se encuentra en la Isla de San Pedro ha recibido a la mayor parte de los Presidentes de la República y personajes que han visitado la población y el Lago de Pátzcuaro.

El jardinero, que al mismo tiempo es el guardián del Isote y de la casa, recuerda a los principales personajes que por allí han pasado y cuenta regocijado anécdotas, especialmente de algunos de los revolucionarios de la época Preconstitucional.

Recuerdo, entre otros, uno del General Villa:

Se cuenta, que cuando el General Villa estuvo en Pátzcuaro temía que se tratara de matarlo, por lo que buscaba con ahinco un lugar que le ofreciera absoluta seguridad.

Alguien le insinuó, que ésta la encontraría en la Isla de San Pedro, la que visitó desde luego.

Convencido del aislamiento en que se encuentra, estableció allí, por algunos días, su cuartel general.

El guardián cuenta que por las noches acostumbra subirse en la parte más alta de la casa que es un pequeño observatorio en donde permanecía por horas enteras viendo el Lago en esos días iluminado por la luna.

En una de esas ocasiones, alguien que creía que el General Villa hacía esa observación para contemplar las bellezas naturales a la luz de la luna, le dijo:

¿Verdad que es muy bonito, General? A lo que contestó indignado Villa: No veo lo bonito de tener que cuidarse uno mismo y no poderse fiar de nadie porque se emborrachan o porque son unos sinvergüenzas.

Otras muchas anécdotas se me contaron en relación con esta Isla, a las que no puedo referirme, por ser sus protagonistas personas que todavía viven y por ser muchas de ellas picantes.

## JANITZIO

Janitzio es la Isla mayor del Lago de Pátzcuaro que, a

semejanza de la de San Pedro, se levanta considerablemente sobre el nivel de las aguas.

Su población es enteramente indígena, constando ésta de unos dos mil o tres mil habitantes. Las casas se encuentran en las faldas del cerro que propiamente forma la Isla, presentando un encantador aspecto conforme se acerca uno a sus playas.

Se encuentra a unas dos horas de camino del Hotel del Lago, si se usa lancha de gasolina, y a poco más de cinco horas si se va en canoa.

□ Para visitarla es necesario salir antes de las diez de la mañana, pues a las doce del día se desata un fuerte viento que forma olas de más de un metro de altura peligrosísimas para todas las embarcaciones que cruzan el Lago.

La vez que tuve la oportunidad de visitarla, creyendo exagerados los informes que se me dieron, e impulsados por los deseos de una joven norteamericana periodista, salimos a la una de la tarde, es decir ya cuando el viento era muy fuerte.

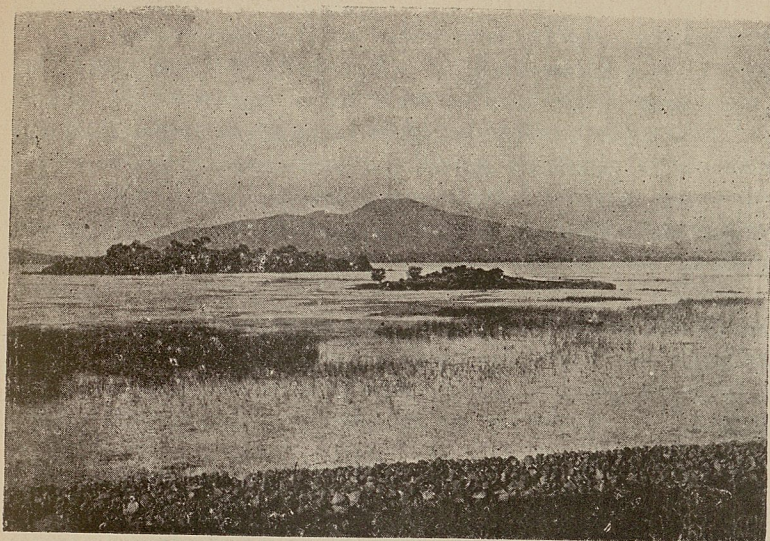
Poco faltó para que naufragáramos, pues hubo momentos de verdadero peligro, del que escapamos gracias a la pericia y conocimientos del propietario de la lancha.

La población de la Isla se encuentra completamente alejada de la actual civilización ya que su alimentación consiste únicamente en peces del Lago y algo de maíz y chile que cambian en los pueblos de la orilla del Lago.

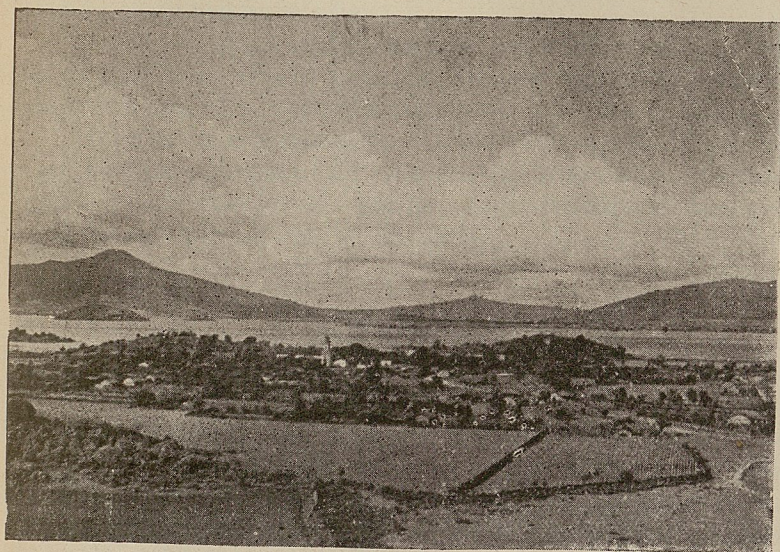
Su industria es igualmente rudimentaria y cualquiera que visite la Isla tendrá oportunidad de ver cómo allí se hace hilo, se tuerce y se teje, usando de los métodos más primitivos, inclusive el malacate, del que usan con rara habilidad.

Para formarse una idea de la pobreza de estas gentes, basta decir a ustedes, que después de haber comido en una choza de pescadores gran cantidad de pescado blanco, frijolés y tortillas, se nos cobró a razón de diez centavos por persona, y aún se notaba en el tono de la voz del que cobraba, cierto temor de que se considerara exagerado su precio.

Estos isleños no tienen preocupaciones grandes en su vida, ya que poco necesitan y con poco se conforman, y lo que les hace falta, lo encuentran sin gran dificultad en el Lago.



Lago de Pátzcuaro.



Pueblo de Zenzénguaru o Zentzénquaro.

Sin embargo, no quiero pasar este capítulo, sin referirme, aunque sea brevemente, a lo inconsecuentes y necias que resultan algunas leyes cuando no se exceptúan ni se toman en consideración casos como el de los indios de Janitzio.

Las disposiciones de caza y pesca quisieron aplicarse a los pobladores de Janitzio, y como era imposible que éstos cumplieren con la veda que prescriben, ya que no tienen otro medio de vida, se vieron en el caso de desobedecerlas abiertamente.

Lo anterior provocó que se presentaran en la Isla varios agentes de la Secretaría de Agricultura y fomento para hacer que se cumpliera con lo ordenado, lo que lograron por lo pronto, poniendo a la población en el estado de absoluta miseria.

Poco tiempo después, por intervención de alguna persona caritativa, se permitió cierta tolerancia en la pesca, pero a pesar de esto, aquellos pobres indios viven constantemente en zozobra, temiendo que llegue nuevamente el día en que se les prohíba pescar, condenándolos a morir, por no tener otros elementos de qué subsistir.

Janitzio es importante, desde el punto de vista histórico, ya que allí fue donde tropas insurgentes fabricaron moneda de cobre que, en su leyenda ostenta el nombre de la Isla.

Nuestro querido consocio, el señor Dr. José M. Argüelles, competentísimo en asuntos de numismática, me ha informado que esa moneda es de las que se pueden considerar raras por su escasez y por su mérito histórico.

## QUIROGA

El pueblo más importante en las orillas de la Laguna, después de Pátzcuaro, indudablemente que es el de Quiroga, que lleva el nombre de aquel fraile a quien tanto deben los indios del Estado de Michoacán que se llamó Vasco de Quiroga y el que les enseñó las industrias, la religión y la piedad que aún conservan y les producen lo necesario para satisfacer sus exiguas necesidades,

En Quiroga se hace el pan, la manta, los zarapes y otras muchas pequeñas cosas que consumen en Tzintzuntzan y los otros quince poblados que bordean el Lago de Pátzcuaro.

Es población esencialmente comercial e industrial y como si fuera un pequeño pueblo fenicio, posee una numerosa flota de canoas que les permite colocar sus productos y efectuar multitud de trueques ya que casi la moneda circula poco.

Los mercaderes de Quiroga conocen perfectamente el calendario de fiestas de las poblaciones del Lago e invariablemente se les ve activos y trabajadores efectuando sus transacciones en cada una de éstas.

### LA BARRA DE TZINTZUNTZAN

Para llegar a Tzintzuntzan es necesario entrar por una estrecha barra, que constituye la mejor defensa del poblado, ya que no es cosa fácil pasarla en la mayor parte del día.

Los que conocen el Lago de Pátzcuaro saben muy bien que la entrada de Tzintzuntzan es difícil si no se hace en las primeras horas de la mañana, pero que es más difícil todavía salir de ella ya que esto no se puede hacer impunemente, sino a la misma hora de salida y durante un espacio muy corto de tiempo cuando se pone el sol.

Fuera de estas horas, el peligro es grande, y me consta que una embarcación, aun cuando sea lancha de gasolina, fácilmente puede hundirse entre las grandes olas y remolinos que se forman en la salida de la pequeña barra ya que, siguiendo los caprichos de mi compañera accidental de viaje, nos aventuramos por ella a las dos de la mañana, después de haber presenciado las fiestas y solemnidades de la Semana Mayor a que después me referiré.

El poblado de Tzintzuntzan comprende unas ochocientas o novecientas casas que en su mayor parte constituyen verdaderos jacales de pescador.

Se encuentran agrupadas alrededor de la Iglesia y de su

atrio y albergan, en mi concepto, entre cuatro o cinco mil indios de la más pura raza tarasca.

El verdadero centro de la población, como decía antes, lo constituyen la Iglesia, la capilla del Descendimiento y el atrio de la primera que es un espacio libre de una hectárea de terreno aproximadamente, rodeado por una antiquísima barda derruida en muchos tramos.

Una de sus entradas la forma una especie de túnel que recuerda las calles de las poblaciones moriscas en cuyo interior se agrupan los poquísimos comerciantes con que cuenta la población.

Son tan pocos éstos, que ni aún en día de fiesta se puede conseguir en muchas ocasiones una cajetilla de cigarros o una vela.

Frente a la Iglesia y durante la Semana Santa, se ponen dos o tres puestos en los que se vende alguna fruta y hielo (que llevan desde Pátzcuaro) raspado con jarabe.

En esos días también se coloca un pequeño puesto de pan procedente de Quiroga.

En el Atrio, la primera cosa que se observa, además de la pobreza en que viven todas aquellas gentes, son las campanas colgadas con recias correas de los árboles de igual manera como he visto en algunas fotografías que se usa en el Japón.

Estas campanas se encuentran precisamente enfrente de la Capilla del Descendimiento y ofrecen un original aspecto.

La Capilla del Descendimiento es un edificio sin arquitectura definida, aunque su construcción manifiestamente pertenece a fines del siglo XVI o principios del XVII. Su puerta es antiquísima y su decoración muy pobre.

No obstante lo anterior, encierra un magnífico cuadro pintado al óleo que representa el Descendimiento del Señor de la Cruz, y del que se dice que fue pintado por el Tiziano aunque muchos peritos en la materia no lo creen. También se dice que fue un regalo del Rey Carlos V de Alemania y I de España a la Capital del poderoso Reino Tarasco.

De cualquiera manera que sea, sí puedo asegurarles a ustedes que se trata de una pintura técnicamente hablando de

mucho mérito, de una realidad enorme en donde se unen, con un resultado magnífico, la intensidad del colorido y la perfección del dibujo; tal vez no tenga más que un solo defecto, y éste es que el brazo de Cristo, que cuelga, en mi concepto, es demasiado grueso. El estado de conservación de la pintura, es muy bueno.

Respecto a esta pintura se cuentan multitud de historias, pero lo cierto es que los indios la veneran intensamente y desconfían de una manera hasta molesta de todos los extraños que desean verla, no permitiendo esto sino cuando acompañan a los turistas los principales del pueblo y una cantidad grande de indios, en muchas ocasiones armados.

Muy pocas personas han logrado obtener fotografías de este cuadro, y aunque a nosotros se nos dió el permiso por el cura párroco, no nos fue posible hacerlo por la escasa luz y porque alguien nos aconsejó, en bien de nuestra seguridad, que no encendiésemos magnesio.

Allí nos contó el mismo cura que varias de las disposiciones dictadas en los últimos años en relación con el culto católico, habían traído gran excitación entre los indios de aquellas regiones, especialmente por la suerte que corriera el cuadro del Descendimiento, y que hasta se había intentado ocultarlo, a lo que él siempre se opuso.

En Pátzcuaro también se dice que el cuadro que actualmente existe en Tzintzuntzan no es sino una copia, ya que el original fue substituído hace algunos años.

Esta versión, yo por mi parte, no la creo después de haberlo visto y sobre todo después de haber sentido la vigilancia que sobre él se ejerce y las precauciones que la población toma para que los visitantes puedan contemplarlo.

La Iglesia no tiene nada particular que mencionarse, salvo la austeridad y pobreza con que se efectúan todas las ceremonias y la sencillez de vestiduras y menaje que contiene.

El cura párroco, es un indio nacido en la población y por excepción pronuncia algunas palabras en castellano ya que toda su misión, en lo que es posible, la cumple usando del lenguaje paterno, único que por otra parte, es el que se comprende.

Es un hombre virtuoso que no percibe emolumentos y que vive exclusivamente de los donativos que le suministran los fieles según su voluntad.

En los días de ceremonia, y me voy a referir concretamente al Jueves y Viernes Santo, dentro de la iglesia una música compuesta por chirimías y tambores semejantes a los teponaxtles, toca sin cesar un antipático son incapaz de tolerarse por largo rato.

Cada dos o tres horas sale el cura acompañado por la mayor parte del pueblo al Atrio, al que le dan varias vueltas para volver a penetrar al templo. Las chirimías y los tambores acompañan a la procesión en cada una de sus vueltas.

En la noche, tan luego como sale la luna, se forman los penitentes, desnudos, cubiertos apenas por unos cortísimos calzones y que son todos aquellos que consideran haber agraviado a la Divinidad o que por haber escapado de algún peligro o haber sanado de alguna enfermedad hicieron la manda de ir a penitencia en la Semana Santa.

Estos penitentes se proveen de correas en las que amarran clavos que les sirven para pegarse y muchos de ellos se atan cadenas a los tobillos.

Tan luego como sale la luna, como decía antes, empiezan a correr al rededor del Atrio, generalmente por sobre petates y jorongos que gentes compadecidas ponen en su camino, arrastrando las cadenas, a que antes hice referencia, y golpeándose despiadadamente la espalda y demás partes del cuerpo.

Poco tiempo después se cubren de sangre no obstante lo cual continúan obrando de la misma manera hasta caer verdaderamente agobiados por la fatiga y por la pérdida de sangre.

Los más débiles duran pocas horas, pero hay algunos tan tenaces y tan resistentes, que por alarde o por considerar que sus culpas son mayores, duran corriendo en estas condiciones hasta quince o diez y seis horas en que caen privados de conocimiento.

Al caer, sus familiares o amigos los hacen beber una pócima de agua caliente con gran cantidad de alcohol, envol-

viéndolos en toscos zarapes de lana para que suden copiosamente.

Yo he visto penitentes al día siguiente de haber cumplido su manda, que además de ostentar en todo su cuerpo las huellas de la flagelación, tenían carcomidos los tobillos por las cadenas que arrastraron hasta descubrir el hueso en la parte delantera,

Aunque parezca increíble, se me dijo y pude confirmar, que hay penitentes que a la noche siguiente vuelven a correr en las mismas condiciones.

Mientras esta carrera se efectúa, el pueblo entero se agrupa al rededor de lo que pudiéramos llamar pista, para excitarlos y aprobar con mil manifestaciones y gritos su salvaje resistencia.

El último que cae se le considera una especie de héroe y ejerce después cierto ascendiente sobre el resto de la población.

En el mispo poblado existen varios individuos inútiles y cojos como consecuencia del cumplimiento a estas penitencias.

La población de Tzintzuntzan durante el día presenta un aspecto triste y desolado, contrastando notablemente con lo que fue la importante capital del Reino Tarasco.

Las huellas que aún quedan de la civilización anterior son numerosísimas y dan idea de la importancia que antes de la conquista tuvo el pueblo más poético de todo el territorio que ahora forma la nación mexicana.

Entre los vestigios que quedan, las yácatas seguramente son los más importantes.

Las hay de dos clases: unas que se levantan apenas metro y medio del suelo y otras, que llegan hasta tener poco más de cinco metros.

Dentro de cada yácata existe un esqueleto y alrededor de él, multitud de vasijas, malacates y primorosos objetos de obsidiana.

Especialmente éstos últimos muestran el adelanto a que había llegado el pueblo tarasco, ya que al verlos dan la impre-

sión de que se trata de objetos de vidrio obscuro más que de obsidiana, siendo su tallado de una perfección increíble.

Personalmente pude explorar una o dos yácatas y extraer algunos de estos objetos de obsidiana entre los que puedo mencionar un pequeño espejo y dos piezas en forma de anillos de servilleta que probablemente sirvieron para el adorno de las mujeres.

También encontré multitud de ídolos pequeños de características enteramente distintas a los de otras regiones y multitud de malacates primorosamente labrados.

Lamento no poder enseñar a ustedes estos últimos, pues los regalé a la señora Celia Nuttall que se ha dedicado últimamente a coleccionar malacates.

Las yácatas grandes se me dijo, que contenían objetos en mayor cantidad y sobre todo ídolos de tamaño natural, lo que no me fue posible comprobar por la precipitación con que me vi precisado a hacer mi viaje. Me había propuesto hacer una nueva excursión en la primera quincena de este mes, la que seguramente intentaré todavía, con el objeto de precisar mis borrosos recuerdos y poder ofrecer a ustedes algo más concreto acerca de las bellezas que encierra Tzintzuntzan.

No obstante las deficiencias y vacíos de este trabajo, estoy seguro que habrá servido para despertar en ustedes el deseo de conocer el lago de Pátzcuaro y sus alrededores, por lo que me permito invitarlos a la excursión que, como dije antes, haré durante los días 11, 12 y 13 del mes en curso, saliendo el jueves 10 en la noche.

Si logro mi deseo, en el sentido de que ustedes visiten aquellos lugares, estoy seguro de que contribuiré poderosamente a que se conozca y admire aquella hermosísima región, ya que ustedes, con los amplios y profundos conocimientos que poseen en historia y geografía, sabrán hacer interesantes estudios que aumenten el prestigio que actualmente se tiene por nuestras tradiciones, leyendas y en general por nuestras cosas viejas.

México, Octubre 1º de 1929.